

La Iglesia «Sacramento universal de salvación»

Cerramos hoy la serie de articulitos que, sobre temas bíblicos referentes a las figuras con que el Concilio ha querido presentarnos el misterio de la Iglesia, iniciamos en el n. 1.588 (correspondiente al 11 de abril) de este mismo semanario comarcal.

Más que en figura o símbolo, presentamos hoy a la Iglesia en su misma realidad e íntima constitución teológica, tal como Cristo la quiso y estructuró.

La tesis nos la presenta el Concilio, clara y escueta, hacia el final de su magna constitución dogmática sobre a Iglesia, como resumiendo cuanto acerca de la misma nos ha dicho en el decurso de sus capítulos anteriores. Tesis que, por cierto, halló en el Aula Conciliar una fuerte resistencia de parte de algún sector imbuído de una "mentalidad escolástica" sobre el concepto y significado de la palabra "sacramento". Dice así el texto de nuestro Vaticano II:

Porque Cristo, levantado en alto sobre la tierra atraído, hacia Sí, a todos los hombres (Jn. 12, 32); resucitando de entre los muertos (Rom. 6, 9) envió a su Espíritu vivificador sobre sus discípulos y por El constituyó a su Cuerpo que es la Iglesia, como SACRAMENTO UNIVERSAL DE SALVACION (LG, n. 48).

Para entender cabalmente este texto conciliar sobre el concepto de la Iglesia, se hace necesario hacer alguna regresión acerca de la índole "esencialmente sacramental" del mismo cristianismo. Índole sacramental de la economía cristiana de salvación que la hallamos elocuentemente expresada en una antigua oración que leemos en el misal para el día aniversario de la Dedicación de una Iglesia, que dice así: "Oh Dios, que contiene todas las cosas de una manera invisible y no obstante para la salvación del género humano haces visibles los signos de tu poder"...

Concediendo a la palabra "sacramento" su sentido nativo y clásico de lo invisible y espiritual conocido por lo visible y material, fácilmente se concederá que en Jesucristo se halla el máximo grado posible de "sacramentalidad". Pues ciertamente que nada hay tan espiritual e invisible como la misma Naturaleza Divina la cual, por el misterio de la Encarnación, se hace a nosotros palpable y visible por medio de la Naturaleza Humana en Jesucristo, hipostáticamente unida al Verbo.

En consecuencia de ello, tanto en los exordios de la vida de Cristo como durante su actuación entre nosotros, es toda una maravillosa "sacramentalidad" que se nos descubre y manifiesta.

Angeles que cantan sobre la cueva de Belén y hablan a los pastores; una estrella que inspira y guía a los Magos; pañales cual distintivos del Niño, etc.

El ministerio público de Jesús—que empieza con la solemne teofanía del Jordán, donde oímos el sonido material de la voz del Padre y vemos al Espíritu Santo en forma sensible de una paloma (Mt. 3, 16-17; Mc. 1, 10-11; Lc. 3, 21-22; Jn. 1, 32)—prosigue todo él en un ambiente de elocuente y eficaz "sacramentalidad", sirviéndose Cristo continuamente de signos materiales, tanto para revelarnos los grandes secretos de Dios como para obrar sus divinas maravillas, incluso comunicarnos lo más espiritual e invisible que pueda existir, cual es la gracia y el mismo Espíritu Santo.

He aquí algunos: enseñanza mediante parábolas; sanar al sordo-mudo tocando las orejas con los dedos; escupir a tierra haciendo barro con el que unge los ojos del ciego de nacimiento; comunicar el Espíritu Santo a los apóstoles soplando sobre ellos; enviarnos al Divino

Espíritu en formas muy sensibles y materiales de lenguas de fuego, etc.

Por lo dicho se comprenderá fácilmente la clásica fórmula, muy usada por los grandes teólogos modernos, al decirnos que Cristo apareció en la historia como **Sacramento de Dios**; y, en consecuencia, al querer que su Iglesia prolongara en los siglos su obra de salvación—"penitencia de Cristo", le llama San Pablo (Ef. 1, 23)—no habrá ya ningún inconveniente en admitir esta otra fórmula, que fluye lógicamente de la anterior: la Iglesia **sacramento de Cristo**.

Es lo que el mismo Concilio nos explica, en formas más o menos matizadas, en diversos lugares de sus grandes documentos sobre la Iglesia. He aquí algunos:

El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones...

La Iglesia, al prestar ayuda al mundo y al recibir del mundo múltiple ayuda, sólo pretende una cosa: el advenimiento del reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede hacer a la familia humana, al tiempo de su peregrinación en la tierra, deriva del hecho de que la Iglesia es "sacramento universal de salvación", que manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre (GS, n. 45).

En idéntica temática y enseñanzas teológico-pastorales abunda todavía el Concilio en su decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia al decirnos que:

El Señor Jesús ya desde el principio "llamó a Sí a los que quiso, y designó a doce para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar" (Mc. 3, 13; Mt. 10, 1-42). De esta forma los apóstoles fueron los gérmenes del nuevo Israel y al mismo tiempo origen de la sagrada jerarquía. Después, cuando de una vez con su muerte y resurrección había completado en Sí mismo los misterios de nuestra salvación y de la renovación de todas las cosas, el Señor consiguió todo el poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28, 18); antes de subir al cielo (Act. 1, 11) fundó su Iglesia como SACRAMENTO DE SALVACION (AG, n. 5).

No deja en verdad de sorprender una cierta sintonía y coincidencia de todo cuanto acabamos de decir con la "ideología cristocéntrica" del conocido pensador Teilhard de Chardin, cuya temática sobre el particular la podemos resumir en la siguiente ecuación: a) **Ni mundo sin hombre ni hombre sin mundo**; b) **Ni mundo ni hombre sin historia**; c) **Ni hombre ni mundo ni historia sin Dios**; d) **Ni Dios sin Cristo**; e) **Ni Cristo sin Iglesia...**

Y ahora, amado lector, hasta el próximo curso, si Dios quiere. Que El nos conceda a todos una saludable "relajación veraniega" que, a la vez que descanso para el cuerpo, no deje de sernos para el espíritu luz contemplante y admirativa de las grandes maravillas del Creador esparcidas a lo largo y ancho del planeta que pisamos y del infinito cosmos que nos rodea...